

Enrique Molina

Peregrinaje de un universitario

NOTAS Y REFLEXIONES



VIAJAR es huir un poco de lo cotidiano, de la monotonía de los días que se repiten. Algunos querrían al viajar evadirse también de sí mismos. Vano intento, tan vano como buscar consuelo para las penas en el alcohol. El desgarramiento del alma no suelta antes de tiempo su presa. En cambio, gozando de paz interior y ayudando la fantasía, no cuesta emprender magníficos viajes «alrededor de su cuarto».

Pero viajar es poner asimismo los ojos, los oídos, el alma en otros seres y en otros cuadros de la naturaleza. Y el viandante encuentra en todas las latitudes que bajo diferentes formas el hombre por doquiera trabaja y engaña, ríe y llora, ama y padece. Y luego añora aquello que ha dejado atrás, lo cotidiano que le aburría, la dulce monotonía del terruño.

Mas en el breve viaje a que se refieren estas notas, viaje a la Argentina efectuado en los meses de abril y mayo de 1941, poco tiempo me ha quedado para

añoranzas. Otros pensamientos ocupaban mi espíritu. Las jornadas que he emprendido han sido llenas de encanto, lo que, fuera de circunstancias personales que embargan mi gratitud, ha sido posible por las venturosas condiciones de paz en que todavía vive nuestra América. Mientras que en el resto del mundo la guerra, toda clase de violencias, el hambre y la abolición del derecho desatan estragos, destrucción y dolor. ¿Hasta cuándo se mantendrá esta excepcional situación de nuestro mundo americano, propicia a su desarrollo normal y progresivo? Es de considerarla con beatitud e inquietud a la vez, lo primero por el bien que significa, lo segundo porque no debemos olvidar los sentimientos de honda y activa responsabilidad con que nos corresponde contemplarla. ¡Oh aún feliz noble América!

Al rehacer las presentes notas para publicarlas y recapitular el tono plácido que tal vez predomina en ellas me ha asaltado una preocupación semejante a la de que da cuenta Eva Curie en su hermoso libro *Madame Curie* cuando dice: «Lectores,—me he preguntado muchas veces escribiendo esta biografía,—¿no vais a deteneros, pensando en otras lecturas, y a murmurar con ironía: Qué de buena gente, Dios mío, qué de corazones rectos y honrados, cuánta solidaridad, cuanta confianza! Y bien. Los personajes simpáticos abundan en este relato; pero no tengo nada que hacer porque han existido tal como trato de pintarlos. Los compañeros de María (*Madame Curie*), desde los

que la vieron nacer hasta los amigos de los últimos días suministrarían pobres asuntos de análisis a nuestros novelistas buscadores de colores sombríos».

Por mi parte no tengo sino que decir otro tanto a los lectores que pudieran desear más anotaciones críticas y amargas en estas páginas: las personas y las cosas a que me refiero en ellas las he encontrado en mi camino con los caracteres de que aparecen revestidas.

Es verdad, por otro lado, que tanto en mi vida ordinaria como en mis viajes, he estado muy distante, — quizás cuestión de temperamento, — de andar con la agria y sombría disposición de ánimo de ese viajero llamado Esmelfongo, de que habla Sterne en su *Viaje Sentimental*. Esmelfongo, todo lo hallaba malo e interrogado acerca de la *Venus de Médicis*, contestó simplemente para referirse al bello mármol: Ah! esa es una prostituta.

Marzo de 1941.

Como tantos argentinos, sobre todo provenientes de las regiones andinas, que vienen a pasar a nuestras playas los meses veraniegos, el doctor Edmundo Correas, Rector de la Universidad Nacional de Cuyo, llegó este año a Viña del Mar. De aquí tuvo la gentileza de alcanzar a Concepción a visitar nuestra Universidad y a hacerme una especial invitación. Lo ha acompañado su esposa, joven, bella y simpática. Al doctor Correas no lo conocía personalmente. Habíamos cambiado antes cartas muy cordiales iniciadas por

el laudable propósito del doctor Correas de vincular la nueva universidad de que es Rector a las demás universidades de América y por impresiones favorables que le habían suscitado algunos de mis libros. Joven también aunque ligeros toques cenicientos asoman en sus sienes. Joven en especial por la vivacidad de su espíritu y por el entusiasmo con que se dedica a la obra cultural en que se encuentra empeñado.

—Aquí venimos, me dijo, a invitarlo personalmente para que asista el 14 de abril próximo a la inauguración de los cursos de la Universidad de Mendoza.

—Y ahora no caben excusas agregaron él y ella.

Aludían a que el año pasado el doctor Correas me había invitado dos o tres veces en la forma más halagadora y en la primera ocasión no había ni contestado porque me hallaba en los Estados Unidos y después me excusé de la mejor manera que pude con el trabajo que tenía recién llegado de vuelta.

En verdad no era fácil responder negativamente a tanta exquisita amabilidad. Sin embargo no dije que sí de inmediato. Mas luego autorizado por el Directorio de nuestra Universidad, que extendió la autorización y los medios para que visitara las universidades de Córdoba, Buenos Aires y La Plata, el viaje quedó resuelto.

Tanto por su origen como por sus derivaciones iba a ser un viaje de confraternidad universitaria.

* * *

De Santiago a Mendoza

Salimos de Santiago con rumbo a Mendoza en una combinación de los primeros días de abril. Acertadísimo es el nombre de «combinación» para los viajes por tierra entre Santiago y Buenos Aires. El tránsito no tiene nada de la línea directa del vapor, del avión o de un solo tren que atraviesa continentes. Como el nombre lo implica, se combinan cambios y trasbordos de un tren a otro tren varias veces, de trenes a autos y de autos a trenes, se pernocta en el camino. De donde este viaje por tierra entre las capitales chilena y argentina, relativamente barato y corto, (no dura más de dos días cuando no lo detienen a uno las nieves de la cordillera) resulta más complicado que el viaje marítimo a Nueva York, por otra parte muchísimo más caro y más largo. Estas complicaciones disminuirán considerablemente el día en que el ferrocarril trasandino esté terminado por el lado de la Argentina y convenientemente equipado.

La combinación iba concurridísima. Los pasajeros no cupieron ni con mucho en el único vagón destinado directamente a Los Andes. De suerte que para buen número de nosotros empezaron las «combinaciones» con el trasbordo en la estación de Las Vegas para tomar el tren local a Los Andes. El número de viajeros se hacía más denso por la gran cantidad de maletas que

atestaban los coches. Algunas parecían muy livianas. Debían ir vacías o a medio llenar para volver repletas con las mercancías que sus dueños adquirirían a bajo precio en Buenos Aires para venir a negociarlas en Santiago y otras ciudades de Chile: pieles, cueros finos, medias, vestidos, carteras, corbatas y además toda clase de bujerías y abalorios que sirven de adorno.

Llegamos a Los Andes a media noche. El pueblo estaba sumido en profundo sueño. Los vecinos recogidos bajo techo, y en las calles, caídos en la obscuridad los párpados de las puertas y de las ventanas, dormían los árboles, los faroles y uno que otro carabenero. Dormía el viento recostado sobre el suave asfalto. De ángulos distantes ladridos de perros perforaban el negro silencio. Sólo alguna agua rumorosa se manifestaba despierta y corría con sigilo recatándose en la sombra como quien va tras una aventura nocturna.

Fuimos a hospedarnos, como los más de los pasajeros en el Hotel Continental, donde habíamos hecho reservar habitación. Aunque sencillas, las piezas del hotel son buenas y todo el establecimiento tiene cierto aire moderno y bien presentado.

No era mucho el tiempo de que disponíamos para descansar. Deberíamos levantarnos a las cinco y media a fin de tomar el ferrocarril trasandino que partiría una hora más tarde. Dormimos bien. Después de servirnos una buena taza de té dejábamos el hotel de noche, como habíamos llegado. En la obscuridad cir-

cundante veo los grandes árboles de la plaza que continúan haciendo guardia frente al hotel.

Arribamos presurosos a la estación y en medio de las tinieblas aun reinantes buscamos en los coches del tren lugar para nosotros y para nuestro equipaje de mano, que no era mucho; pero otros pasajeros habían sido más madrugadores y todo parecía enteramente ocupado. Con dificultad encontramos dos asientos no muy cómodos y encajamos nuestras maletas como pudimos. Los coches del trasandino son estrechos y carecen de todo confort. Felizmente el frío no se siente en forma intensa. No abriendo las ventanillas la aglomeración misma de la gente eleva la temperatura.

Empezamos a ascender las suaves pendientes con que la cordillera se inicia al salir del pueblo de Los Andes. La tenue claridad de la mañana, la suave luz indirecta de un sol aún invisible se insinúa por todas partes. Baja de la tela de un cielo sin nubes que se va iluminando por momentos, como un terso raso blanco, como un pantalla inmensa para que los dioses contemplen del otro lado películas de las tragicomedias de los hombres. Parece subir de la tierra que comienza a tomar formas y colores. El despertar de la naturaleza tiene todo el encanto de la primera sonrisa de un niño convalesciente.

Precedido de un abanico de sedas luminosas abierto sobre la accidentada línea de las cumbres el sol ha salido por completo. La luz despliega las maravillas del paisaje. Se olvidan las molestias de la jornada.

Pasamos entre lomas cultivadas. Los plantíos, potrerros, árboles, arbustos y mantos de césped ostentan un verde brillante lavados por la lluvia reciente. Por la honda quebrada que se abre a la izquierda de la línea corren entre peñascos las aguas turbulentas y claras del Aconcagua. A la distancia cerros empinados desnudos de vegetación, de color cepia, a veces ligeramente estriados de nieve. Los picachos más altos son como grises capuchones de monjes gigantes, inquisidores y adustos.

Pasamos por la estación de Río Blanco encerrada entre dos empinados cordones de cerros que corren casi de oriente a poniente. Sopla un viento heladísimo que hace a los pasajeros buscar pronto refugio dentro de los coches del tren. El valle es muy estrecho. En la hondonada a regular distancia de la estación, se divisa un hotel que tiene fama de bueno y de ser bastante frecuentado en el verano y aun en otras épocas del año por enfermos del pulmón.

Jadeante la locomotora sigue subiendo. Ya cuanto abarca la vista se presenta cubierto de nieve. Es un manto de blancura que brilla y chispea herido por el sol. Poco antes de llegar a la cumbre se nos ofrece hacia el norte el espejo ovalado de la laguna del Inca en el fondo de un marco de plata repujada.

En el coche comedor hemos almorzado bastante bien.

Fueron nuestros compañeros de viaje desde Los Andes un señor australiano y su señora, norteamericana-

na, ambos de edad avanzada y de temperamentos plácidos y benévulos. Han andado en jira de placer por Chile y seguían a la Argentina. Almorzamos juntos. Como no sabían una palabra de castellano nuestras impresiones las cambiábamos en inglés, pero parecía no inquietarles en lo menor su ignorancia del idioma de estos países. Sin cuidarse de ello daban muestras del ingenuo y tal vez conveniente tupé tan propio de los anglo-sajones al respecto.

Llegamos a Punta de Vacas, del lado argentino, a eso de la una y media de la tarde.

El frío no había sido tan intenso como se suele decir ni nadie se había sentido apunado.

En Punta de Vacas nos esperaban los autos que debían conducirnos a Mendoza. Este servicio se halla bien organizado. Los pasajeros son distribuidos en forma ordenada, los autos buenos y los choferes muy competentes.

Desde aquí el descenso se hace en una pendiente suave por una carretera bien tenida, entre empinadas montañas sin vegetación y sin nieve. La carretera que corre al norte de la honda cuenca del río Mendoza de escaso caudal, bordea precipicios, pasa por desfiladeros y gargantas abruptas. Atravesamos túneles cortos con arcadas y columnas labradas en la misma roca, que es como si fuéramos bajo portales o entre ruinas de templos grandiosos. La impresión del conjunto es de una desolación imponente.

A medio camino llegamos a Uspallata, verdadero

oasis en el centro del vasto dintorno de esas tierras yermas. Se encuentra aquí un hotel y restaurant instalado en una vieja y amplia casa de campo en medio de grandes y añosos árboles. Tomamos en el corredor abierto a un jardín una taza de té que nos pareció delicioso.

Más allá de Uspallata vuelve la desolación de la tierra ahora más plana. No se divisa ni un animal ni un árbol; sólo algunos arbustos achaparrados y todo lo demás son interminables descampados de piedras y tierra reseca. Varias veces atravesamos largas zonas de neblina. Así continúa el panorama hasta las proximidades de Mendoza, adonde llegamos ya caída la noche, después de seis horas de marcha y sin ningún accidente.

* * *

En Mendoza

Si un pintor impresionista o modernista, pintor atrevido en una palabra, quisiera presentar un cuadro simbólico de Mendoza me imagino que pondría en su tela en primer término árboles, árboles y más árboles, luego viñedos, en la lejanía la cordillera coronada de nieves y San Martín, nuevo jinete de un apocalipsis heroico, en actitud de trasponer los montes en demanda de la victoria y de la libertad. Valga en mi descargo si tal concepción pareciera un mamarracho que peores cosas puede idear un pintor modernista.

Por otra parte ese cuadro irrealizado contiene al-

gunos rasgos esenciales de Mendoza. No conozco otra ciudad que tenga como ella en proporción tal cantidad de árboles y tan lozanos. Orlan todas sus calles, anchas y rectas y son magníficos y frondosos. Considérense todavía las hermosas plazas y parques de la ciudad. El árbol es algo sagrado en Mendoza. En el aspecto general de la población predomina la nota de lo apacible sin perjuicio de que haya avenidas como la de San Martín que es animadísima y de mucho comercio. Los ómnibus y los tranvías circulan en toda la ciudad hasta la media noche.

La capital de Cuyo es una ciudad próspera. Según los mendocinos su población asciende a 140,000 habitantes. Puede no ser tanta, pero seguramente pasa de 100,000. El hotel en que estuvimos alojados, el Plaza, es bastante bueno sin ser muy caro. De tipo enteramente moderno ofrece toda clase de comodidades. La comida es variada, delicada y muy bien servida.

La principal fuente de riqueza de la provincia se encuentra en sus viñedos. Los argentinos se muestran siempre muy corteses al referirse a los vinos chilenos y no pierden la ocasión de proclamar que son de óptima calidad y superiores a los argentinos. Pero la verdad es que entre los vinos que se producen en Cuyo los hay excelentes. En la bodega Arizú nos ofrecieron, después de la visita que hicimos, una copa de champaña *de mi-sec* y lo hallamos bastante bueno. Parecía francés. La provincia cuenta con unas

1,600 bodegas, de las cuales algunas son de las más grandes del mundo. Se refiere que a un personaje de paso por Mendoza se le ofreció no ha mucho en el interior de una pileta de cemento de una de esas bodegas un almuerzo a que concurrieron más de ciento cincuenta personas.

Hecho digno de anotarse: el pueblo de Mendoza a pesar de los buenos vinos de que dispone, no abusa del alcohol. No ví ebrios en las calles y me aseguraron que no se veían jamás. El argentino es en esta materia por lo general sobrio; desde luego,—que le hemos de hacer, hay que reconocerlo,—más sobrio que el chileno. El argentino toma sobre todo café. Así se le ve, a todas horas, en las mesas de los restaurantes ante su pequeña taza de la estimulante y confortadora bebida. En las oficinas y en las casas se atiende al que llega con una tacita de buen café. Lo que no obsta a que haya aficionados a tomar sus *co-petines* como en lenguaje amable se llama al trago alcohólico en el país vecino.

Luego la industria que se está desarrollando en proporciones considerables al lado de la vinícola es la petrolífera. Ya se hallan instaladas grandes destilerías. Una de ellas produce 500 metros cúbicos diarios. Según me afirmaron, los yacimientos petrolíferos de Cuyo ceden en importancia, dentro de la Argentina, únicamente a los de Comodoro Rivadavia. La producción total del país alcanza a satisfacer sólo el cuarenta por ciento de su consumo.

En la grata compañía del doctor Correas y de su señora nos fué dado a mi señora y a mí recorrer en auto los caminos de los alrededores de Mendoza. Son excelentes, asfaltados, y se extienden bajo bóvedas de árboles magníficos.

A Mendoza, tranquila y con perfiles de égloga, la realzan también condiciones de gran metrópoli. Ahí está su hermoso y vasto parque de San Martín, susceptible de compararse sin desmedro, por su extensión, sus avenidas, sus prados bien tenidos y las obras que lo adornan con el Central Park de Nueva York y el Tiergarten de Berlín. Lo visitamos acompañados también del doctor Correas. Hacía pocos días había tenido lugar en él la gran Fiesta anual de la Vendimia, a la que asistieran o tomaran parte alrededor de 80,000 personas, viniendo gente de todo el país. Es la fiesta típica de la provincia en que se funden democráticamente todas las clases sociales para celebrar, con relieves evocadores de la paganidad clásica, su actividad esencial. Aún estaba en pie el arco colosal construído a la entrada del parque por la avenida Civit; aun subsistía un poco derrumbado en medio del lago el dorado trono que fuera de la reina de la fiesta. Ese lago constituye un testimonio de la pujanza de los mendocinos. Tiene un kilómetro de largo con la correspondiente anchura y es enteramente artificial. En él se verifican regularmente espectaculares regatas.

En las inmediaciones del parque se alza el Cerro de la Gloria que forma una sola cosa, hasta por su

nombre, con el monumento ahí levantado al General San Martín y al Ejército de Los Andes. Magnífica y grandiosa obra de arte en bronce como seguramente no hay otra en el continente. Figura delantera es San Martín en capote de campaña montando su corcel de guerra. Este no tiene nada de los cuadrúpedos medio encabritados de las estatuas ecuestres clásicas. Es un caballo nervioso que con el cuello en tensión hacia el oeste busmea las ventiscas cordilleranas. Grupos representativos de las cohortes libertadoras siguen al caudillo; magníficos relieves relatan los principales episodios de la épica jornada y por encima de todo la diosa de la victoria corona al héroe. Admirable monumento que, por su belleza y por la justa valoración que significa de la epopeya americana, hace honor al pueblo que lo ha erigido.

Mendoza cuenta también con un Jardín Zoológico bastante bueno ubicado asimismo en las cercanías del parque. Se halla establecido en una serie de suaves colinas y los animales se ven cómoda y ampliamente instalados. Se ha tratado de imitar en lo posible sus guaridas naturales. Los cóndores pueden volar de picacho en picacho artificial y sólo una red muy alta les impide recobrar su entera libertad. Los leones pueden creerse en collados y montículos del Africa; no los separan rejas del público sino fosos de bien calculada hondura. Monos, fuera de todo recinto cerrado, se rascan y saltan libremente entre los árboles. Hay además gua-

nacos, llamas, alpacas, osos, dromedarios, búfalos, lobos, focas, cisnes, papagayos.

En relación con el Zoológico existe un criadero de leones. Me han asegurado que éstos se reproducen aquí como gatos. Se recuerda que en cierta ocasión, para salvar los cachorros de una leona que no sabía tratarlos, fueron amamantados con todo éxito por una mujer. A fin de preservar los pechos de la generosa hembra de las uñas de tan peligrosos críos se les revistió de cuero con orificios que dejaban afuera tan sólo los pezones. Cabría decir que ha habido damas mendocinas con leche de leonas.

He tenido el agrado de encontrar en Mendoza algunos distinguidos hombres de letras que ya conocía personalmente o por sus obras. A Juan Draghi Luce-ro, poeta y dramaturgo en Sueños, La Bodeguita, Hondas y piedras, El anillo; historiador en Estudios sobre cartas de jesuitas mendocinos y otros trabajos, autor laureado de un Cancionero popular Cuyano y creador de Las Mil y Una Noches Argentinas, serie de cuentos inspirados en leyendas del terruño argentino. Ya ha salido un primer volumen con trece cuentos y luego seguirán otros más. «Variedad y buen gusto, que es como decir armas contra el hastío se señalan muy visiblemente en el libro de Draghi Luce-ro», se dice en un reciente estudio publicado en «Atenea». En empresa tal está el peligro en la monotonía y mayor elogio es leerse íntegro un libro de esta na-

turalidad y quedar con sed de releerlo, como sucede en «Las Mil y Una Noches Argentinas» (*). El doctor Draghi es un espíritu selecto, animado de un sincero entusiasmo por las letras y la historia de su tierra.

A Ricardo Tudela, alma fina y delicada, poeta y ensayista, que ha sido llamado por la crítica el mejor escritor lírico de la Argentina. Entre sus obras debemos mencionar *El Inquilino de la Soledad*, colección de poemas que han sido unánimemente celebrados.

A Sixto E. Martelli, director de la Página Literaria de «Los Andes», uno de los mejores diarios del país tanto por su presentación como por su material de lectura. Martelli ha publicado recientemente un volumen titulado *Para los hombres que ya no tienen infancia*; libro de aforismos en que campea una saludable sabiduría y se notan las floraciones de un noble espíritu místico.

Se observa en estos escritores que, sin perder contacto con los intereses de la cultura general y nacional, toman con cálido entusiasmo las cosas de su tierra mendocina abrazando en ella todas las misteriosas sugestiones del paisaje cordillerano propio de la región. Me imagino que en esta feliz inclinación del ánimo, de fecundas consecuencias y observable también en otros órdenes de las actividades cuyanas, debe tener no poca parte el régimen federal que impera en el país.

(*) Andrés Sabella.— Unidad en la obra de Juan Draghi Lucero. «Atenea» N.º 191.

Una institución de cultura que goza de merecido prestigio es la Junta de Estudios Históricos de Mendoza; pero a la fecha forma el ápice del edificio cultural de la región la flamante Universidad de Cuyo.

* * *

Fué fundada por Decreto del Gobierno Nacional de 21 de marzo de 1939 y en estos dos años se han hecho verdaderos prodigios para adelantar en su organización. Visitándola queda uno admirado al considerar cómo ha sido posible llevar a cabo tanta cosa en un tiempo relativamente corto. El principal mérito de lo hecho corresponde al Rector doctor Correas que con dinamismo infatigable, clara inteligencia y elevada concepción de las finalidades universitarias se ha entregado a esta obra con dedicación ejemplar. Luego a los profesores y demás personal universitario que lo ha secundado fervorosamente. Tuve ocasión de tratar a muchos profesores algunos de los cuales ya conocía, entre ellos al Secretario General de la Universidad doctor Randolfo Paolantonio, al doctor Manuel G. Lugones, Decano de la Facultad de Filosofía y Letras y autor de valiosas monografías históricas, al doctor Roberto H. Marfany, profesor de Historia Americana, al Decano de la Facultad de Ciencias doctor C. Alberto Jiménez, al profesor de Geografía Económica doctor Alejandro Mathus Hoyos.

La Universidad cuenta con una Facultad de Filosofía y Letras y otra de Ciencias.

La primera comprende los departamentos de Filosofía, Literatura, Historia y Geografía e Historia especializada en historia argentina y americana. La completan además una Biblioteca y el Archivo y Museo Cuyano.

Dentro de la Facultad de Ciencias funcionan una Escuela Industrial y Escuelas de Ciencias Económicas, de Agronomía y de Ingeniería.

Integran también la Universidad una Academia de Bellas Artes que comprende departamentos de Arquitectura, Pintura y Escultura, un Conservatorio de Música y Arte Escénico, un Instituto Nacional del Profesorado, una Escuela de Lenguas Vivas, el Liceo Agrícola y Enológico «Domingo Faustino Sarmiento».

Dependen de la Universidad de Cuyo la Escuela de Minas e Industrial de San Juan y la Escuela Normal de Maestros de San Luis.

La casa central de la Universidad es por ahora un edificio que ocupara antes una escuela pública. Tiene amplitud y se halla remozado y muy bien acondicionado a sus nuevos superiores destinos. En él se encuentran instalados la Rectoría, la Biblioteca Central, que cuenta ya con más de 20,000 volúmenes, el Club Universitario y un excelente Salón de Actos de severa elegancia. Funciona ahí también el Conservatorio de Música. En la visita que practicamos una tarde tuvimos el agrado de encontrarnos con el Director del Conservatorio profesor Julio M. A. Perceval y con el Sub-Director profesor Isidro B. Maistegui, a quic-

nes habíamos conocido en casa de Amanda Labarca en Santiago, donde nos había sido dado el placer de escucharles piezas de piano ejecutadas con singular maestría. En la tarde de nuestra visita pudimos gozar del deleite de oírlos nuevamente.

El Club Universitario es un hogar para estudiantes y profesores y estimula la camaradería entre ellos. Aquí el Rector y profesor viven en contacto con los alumnos, se reúnen en gratas tertulias, se oye música y se efectúan comidas y fiestas periódicas. Después de la charla que yo diera sobre «Las universidades norteamericanas» el doctor Correas nos invitó a mi señora y a mí al Club a beber una copa del rico champaña mendocino en compañía de varios profesores y damas y pude apreciar de cerca el cordial ambiente de fraternal convivencia ahí imperante.

La Universidad proyecta crear un Teatro Experimental con talleres de escenografía, cursos de historia del teatro, fonética, coreografía, etc., y destinado a formar actores bien dotados. Algo semejante se piensa hacer para fomentar el arte cinematográfico. Mientras tanto algunos estudiantes se dedican como aficionados a ejercicios dramáticos y hacen funcionar un Teatro Universitario o Teatro Libre. Así el día del Estudiante representaron la comedia neo-clásica de don Leandro Fernández de Moratin titulada «El Sí de las Niñas».

El número de estudiantes es alrededor de tres mil y no tienen participación, a diferencia de lo que ocu-

re en otras universidades argentinas, ni en la organización ni en el funcionamiento de las Facultades o de los Consejos Universitarios.

La Universidad de Cuyo no aspira sólo a ser una fábrica de profesionales. Su preocupación esencial es el desarrollo de la cultura, atendiendo para ello, de una parte, al cultivo de las disciplinas prácticas y, de la otra, al de las humanísticas. Como lo dijo su Rector en el acto inaugural de los cursos del presente año, «sus estudios comprenden todos los ciclos, desde los infantiles y de menestrales, hasta los más profundos de la investigación metafísica, y en sus diversas etapas, como un perfume que lo embalsama todo, persiste el sentido ético y lírico de la vida. Así, quizás desaparezca el bárbaro que sólo sabe una cosa y ceda su lugar al hombre culto profundizado en una disciplina y habilitado mejor para actuar y disfrutar del mundo».

Habría que agregar que para cumplir disposiciones del estatuto encaminadas «a extender los beneficios de la cultura universitaria al pueblo mismo, se realiza un amplio plan de conferencias, conciertos y exposiciones de arte, que ha de alcanzar a toda la región cuyana, andina y patagónica».

Además de la revista oficial de la Universidad los estudiantes dirigen y redactan sus revistas especiales. Así los alumnos de filosofía y letras han formado una cooperativa y editan la publicación periódica «Spiritus».

A propósito, el lema de la Universidad dice: «In

Spiritus Remigio Vita», o sea, «En el aleteo del espíritu está la vida».

Una mañana lluviosa impidió que el acto de la inauguración se llevase a cabo en el patio de la casa central, como lo tenía proyectado el Rector para dar suficiente cabida a la enorme concurrencia y tuvo que verificarse en el paraninfo.

Desde el Gobernador de la provincia y el Obispo, junto con los Decanos, profesores y los estudiantes que cupieron, lo mejor de la sociedad mendocina se había reunido ahí. Se sentía un cálido testimonio de adhesión a la Universidad. Estudiantes uniformados cantaron el Himno Nacional Argentino y el Himno de la Universidad. Números de un cuarteto de cuerdas, de piano y violín y de dos pianos fueron excelentemente ejecutados. No hubo más que dos discursos, el del Rector de la Universidad y el mío (*).

El discurso del doctor Correas fué una elocuente exposición de lo realizado por los dirigentes universitarios en los breves meses que el Instituto lleva de vida y una afirmación cálida y vibrante de sus ideales de cultura y de los proyectos con que avanzan hacia el futuro. Así dijo en algunos de sus párrafos:

«Los estudios de la Facultad de Filosofía y Letras han atraído ya a más de 200 alumnos que empiezan a demostrar su saber y nobles inclinaciones en su dedicada revista «Spiritus» de circulación continental.

(*) Mi discurso se inserta al final de estas notas.

De todas las provincias argentinas, territorios nacionales y aun del extranjero afluyen estudiantes y desde todas las universidades del Nuevo Mundo nos llegan mensajes de simpatía que muy pronto serán más efectivos con el intercambio de profesores y alumnos ya iniciado con Chile y en trámite con Perú, México y Estados Unidos de América.

La Universidad se proyecta al pueblo con sentido democrático. Cursos especiales de idiomas se ofrecen al público, que atrae centenares de estudiosos. En el Liceo Agrícola se ensaya con éxito admirable la semana de divulgación científica al alcance de las familias de los labriegos y campesinos que matizan el saber con amables reuniones amenizadas con coros y bandas. El Conservatorio de Música recorre la región cuyana haciendo oír las más delicadas obras de su repertorio clásico. Un conjunto teatral de jóvenes universitarios representa en las principales ciudades de la región en medio de expresiones emocionantes de cariño.

Profesores y estudiantes visitan Catamarca y La Rioja y después los territorios del centro y sur de la República para hacer conocer la existencia de esta Universidad nueva y facilitar el ingreso de los mejores alumnos. Así, con ayuda de Yacimientos Petrolíferos Fiscales y de generosos industriales de Mendoza, la Universidad ha becado a 15 jóvenes sobresalientes de la Patagonia, contribuyendo de tal modo a vigorizar los sentimientos argentinos de aquella lejana zona

injustamente considerada por muchos como «terra incognita, res nullius».

En fin, mil manifestaciones diversas revelan la acción notable de esta Universidad tanto más esforzada por la escasez de sus recursos. Sin edificios, laboratorios, bibliotecas ni instrumentos, todo ha debido crearlo o improvisarlo con los medios ordinarios de su modesto sustento. Su presupuesto se aplica especialmente en el pago de los profesores contratados a «full-time» entre diplomados del país y del extranjero.

Las distancias, la falta de tradición cultural del ambiente y la escasez de elementos valiosos acrecientan el costo del profesorado que se contrata. Felizmente, se ha reunido un núcleo selecto de maestros que haría honor a la más exigente Universidad del mundo.

.....

Hay que decir a voces y repetirlo como un dogma eterno, hasta que sea conciencia, carne y sangre de todos, que solamente por la cultura progresan los pueblos; que las naciones más cultas son las que rodean de más respeto a sus casas de estudio y las protegen de las pasiones como refugios inviolables consagrados a la grandeza nacional y a la dignificación de la humanidad.

.....

Espíritus positivistas deploran que en la joven Universidad haya sitios para latines y filosofías, sin re-

parar que no sólo el pan nutre al hombre y que la más penosa tradición que soporta Cuyo es la del materialismo que empaña muchas de sus virtudes admirables.

Hemos vivido siglos dominados por los afanes prácticos, sin que las luces que conducían los hijos de lejanas Universidades alcanzara a disipar las penumbras que cegaban el espíritu regional. Cuando surgía un cuyano inspirado por el «quid-divinum» debía exilarse para no ser aniquilado por el ambiente implacable que no permitía a nadie destacarse más que a nadie.

Y ese terrible Moloch ha devorado tantos esfuerzos y esperanzas, y ha malogrado tantos ensueños de juventud que sus víctimas deben formar legiones que reniegan su suerte en el reino de las sombras eternas.

Precisamente, para reaccionar contra aquel estilo de vida, opaco y deshumanizado, hoy compiten los latines y las filosofías con los estudios técnicos de la industria y el comercio.

Por el espíritu se ennoblece y dignifica la vida, se suavizan los antagonismos, se infunde la tolerancia, se aproxima la felicidad y se llega a la verdad y la justicia, virtudes supremas del hombre.

Día llegará que de las ciudades, de las calles, de los campos de Cuyo, de todos sus ámbitos, se elevará hasta los cielos como un himno de gracias y alegría entonado por el espíritu nuevo de esta colmena humana que celebra una era de redención luminosa y feliz.

Entonces, junto a las usinas de sus fábricas porten-

tosas; en medio del tráfago vertiginoso de sus riquezas; entre los labradíos de sus campos fecundos; en el seno de su pueblo ennoblecido por el saber y la virtud, fermentarán las ideas y emociones de sus pensadores, sabios y poetas, y los sentidos se embelesarán ante la belleza de las obras de sus artistas y los aspergios exquisitos de sus músicos.

No es un sueño utópico de mi fe, es la visión futura de este país cuyo que se eleva a las regiones maravillosas del espíritu en las invisibles alas de la cultura».

Las palabras del rector fueron calurosamente aplaudidas.

Me retiré del acto con una impresión magnífica.

* * *

Solía sentirse frío en el hotel, no obstante la buena calefacción. Una tarde llegó la mucama a nuestra pieza y me preguntó: —¿Le haría mucha falta en la noche esa frazada que tiene como de sobrecama? —Vaya, por supuesto, ¿por qué? —Es que como el hotel está tan lleno de pasajeros han llegado a escasear, y al lado hay un buen caballero de edad avanzada que necesita mucho una. —Ah, le repuse, si se trata de un señor de edad avanzada no hay que vacilar. Llévesela.

La mucama me miró un poco asombrada, se rió de buenas ganas y salió con la codiciada prenda.

* * *

De las manifestaciones de que fuéramos objeto ocupa un lugar entre mis recuerdos más simpáticos un almuerzo íntimo en casa del doctor Correas. Además de mi señora y yo estaban invitados dos decanos con sus señoras.

El doctor Correas vive en una bella casa de estilo moderno. Posee una magnífica biblioteca. Por supuesto que, dominados por la incurable bibliomanía, nos quedamos, en ella, enredados mirando y admirando libros. Tanto fué que la señora de Correas y otra señora creyeron necesario venir a sacarnos de ahí, y tomándonos del brazo nos llevaron a beber unos copetines aperitivos antes de que nos sentáramos a la mesa.

Pero queda por decir que entre los libros de la biblioteca me había llamado la atención una magnífica edición de lujo del *Martín Fierro*, edición que no conocía. Le comuniqué mi admiración a mi amigo, congratulándolo por la posesión de tan bella obra. —Aquí la tiene, me contestó, hágame el favor de aceptarla como recuerdo. Lo hizo con gesto espontáneo y decidido. Mi agradecimiento, muy hondo, llegó a los límites de la confusión. Así se lo expresé efusivamente y, al mismo tiempo, mi voluntad no menos decidida de no aceptar que se deshiciera de tan valioso ejemplar. El doctor vió que no podía insistir.

A los pocos días partíamos de Mendoza en tren con dirección a Córdoba. Estábamos en la estación antes de las ocho de la mañana, hora de la salida. Era una mañana muy fría. Al vagón llegó a despedirnos el rector acompañado de Ricardo Tudela y de dos profesores. A esa hora y con semejante mañana fué una atención que me impresionó y así lo dejamos ver a nuestros gentiles amigos.

—Para que lea en el camino, me dijo el doctor Correas, entregándome un paquete. Era el *Martín Fierro*. Imposible rehusarlo ahora. En forma que no alcanzaba a expresar cuanto sentía, le manifesté mi reconocimiento y nos despedimos con el más cordial y estrecho abrazo. Durante el viaje he cuidado el bello libro como una reliquia y al presente forma una valiosa presea de mi modesta biblioteca.

* * *

Trayecto bastante largo y pesado el de Mendoza a Córdoba: desde las ocho de la mañana hasta las diez de la noche y dos trasbordos. El tren no tenía calefacción. Qué mañana más helada. Sentimos más frío que al pasar la cordillera y quedamos transidos todo el día. Ni tomando el sol en la estación de Villa Mercedes, lugar del primer trasbordo, se nos pasó.

La ventanilla del tren va cortando cuadros del paisaje. La sabana de la pampa se extiende hasta perderse en el horizonte. Por el oeste la limitan en la leja-

nía sierras azulencas. Las cosechas han pasado y la tierra de color pajizo, apenas estremecida por una claridad friolenta, ha entrado en el descanso del invierno que se inicia. Al lado de las casas de las estancias las esbeltas torrecillas de los molinos, panorama de la pampa, diseñan sus músculos de fierro en el aire, coronados de las complacientes ruedas dispuestas a bailar la ronda que el viento les toque.

El recorrido de Villa Mercedes a Río Cuarto, punto en que se efectuaría el nuevo trasbordo, se hace en un coche motor muy bueno, confortable y elegante; pero cuando llegamos a instalarnos aquello fué una completa decepción. Estaba totalmente ocupado por trabajadores de los campos vecinos, con tal balumba de bultos, paquetes, atados y valijas que no había donde poner un pie. Felizmente, dándose cabal cuenta de lo que ocurría el guarda o conductor del tren ordenó, usando un término muy castizo, que los brazos bajaran a tomar otro tren, y quedó cómodo espacio para los que veníamos de Mendoza.

En Río Cuarto, una vez colocado nuestro equipaje en el tren que nos haría llegar por último a Córdoba, tuvimos tiempo para salir en busca de un restaurant a las inmediaciones de la estación. La plazoleta de afuera y la amplia avenida de casas bajas que se nos ofreció a la vista nos hicieron acordarnos de nuestra ciudad de Talca. Tomamos una taza de té, que nos pareció muy buena, en el restaurant *España*, de propiedad de una señora andaluza y regentado por una jo-

ven hija suya que, haciendo honor a su ascendencia española meridional, era muy simpática y locuaz.

* * *

En Córdoba

Córdoba es una ciudad seductora. Tiene el encanto de un ciudad pequeña y antigua, y la animación de una metrópoli moderna y grande. Las calles y avenidas nuevas de las grandes ciudades son, sin duda, bellas e imponentes, pero a la vez abrumadoras y no tienen alma. Las viejas calles seculares, generalmente estrechas, poseen un alma de romance; exudan el romance de los dolores y alegrías, de los penares, de los amores y pasiones de las generaciones que han vivido en ellas. Algo de este ensueño emana de las calles de Córdoba. El cielo magnífico de sus días con un sol tibio lo estimula y el espléndido alumbrado de sus noches, superior al de Buenos Aires, no lo desvanece. Córdoba tiene todavía lo venerable de algunos de sus monumentos. Es ciudad de muchas iglesias.

Al abrir por las mañanas la ventana de nuestra pieza del hotel, sentíamos el deslumbramiento de una luz espléndida estremecida por los acompasados acordes de las campanas de los templos vecinos, que parecían aumentar la claridad del ambiente. Las bellas campanas son una forma sencilla de música mística.

El primer día salimos a la calle a hora ya avanzada. Por las aceras, generalmente estrechas, había un

intenso tráfago de gente; pero no desentonan muchas personas que andan sin apresuramiento. Se ve que aquí es dable el dulce tomar la vida con calma. Córdoba tiene unos 300,000 habitantes. Llegamos a la plaza principal, de forma cuadrangular, como en tantos pueblos de origen español, con grandes árboles y un portal de media cuadra en uno de sus lados. Llámase plaza San Martín y ostenta en el centro, en homenaje al héroe, una hermosa estatua ecuestre y de bronce.

En la otra media cuadra del lado con portales álzase la imponente catedral, monumento de piedra clara de estilo barroco español, sobrio de adornos, con dos torres no muy altas y una gran estatua de Cristo entre ellas. Su interior es más bien de estilo renacentista, con ricas pinturas en que predomina una tonalidad dorada y el conjunto deja una impresión de opulencia.

Aunque, como buena ciudad de tipo español no faltan mendigos en sus calles, Córdoba da la sensación de un lugar de vida abundante y fácil. Son muy afamados sus sabrosos dulces. La ganadería es la principal fuente de riqueza de la provincia. Hay también numerosos yacimientos de mármol. Muchas fachadas de las casas de la ciudad se hallan revestidas de la noble piedra, por lo común de color amarillento o más bien beige, recorrida por vetas negras.

Se lleva aquí también, al parecer, una vida social refinada. Cuenta la sociedad cordobesa con magníficos

clubes: un Club de Golf, desde cuya elegante casa situada en una eminencia se dominan verdes colinas, suavemente redondeadas y con grupos de árboles añosos; un Country Club, situado igualmente en medio de un panorama grato a la vista. Dentro de él hay canchas de tennis, de patinaje, piscina. En uno y otro club las construcciones son de estilo moderno y de buen gusto y todo se halla bien tenido.

En una altura inmediata a la ciudad se extiende el hermoso Parque Sarmiento. Desde él se contemplan el cuadro de la población y los campos vecinos. Entre sus prados y sus árboles tiene el parque bellos jardines, pérgolas, una piscina de cien metros de largo, un teatro griego y estatuas del Dante y del Dean Funes.

Otros monumentos a personalidades eminentes se encuentran en plazas que llevan sus nombres, como la de Leandro Alem, de Vélez Sarsfield.

* * *

Como ocurre en todas las ciudades pequeñas o no muy grandes que son sede de universidad, en Córdoba su blasón más eminente lo constituye su Casa de Estudios Superiores.

La Compañía de Jesús se había establecido en Córdoba el último año del siglo XVI y fundado luego un Colegio Máximo y Seminario; pero habiendo los jesuitas tomado parte en favor de los indígenas contra las arbitrariedades y codicia de los encomende-

ros, viéronse privados de los recursos con que contaban por la animadversión de los pobladores españoles y obligados, a principios de 1612, a trasladar dicho Colegio al de Santiago de Chile, donde podía disfrutar de más propicio ambiente (*).

En junio del año siguiente el obispo don Fernando de Trejo y Sanabria echó las bases del Seminario Convictorio de San Francisco Javier, que puso bajo la dirección de la Compañía.

En el Colegio Máximo y en el Convictorio se encuentran los orígenes de lo que constituye hoy la Universidad Nacional de Córdoba; pero en el carácter de tal ésta se inició sólo a principios de 1614, que se considera el año de su fundación.

El obispo Trejo dotó ricamente a su obra con donaciones en vida y dejándola en herencia la mayor parte de sus bienes.

La primera imprenta que existiera en la Argentina la introdujeron los jesuitas, trayéndola de Lima hacia 1765, para el uso de la Universidad y de los Colegios que regentaban en Córdoba. Desbaratada dos años más tarde a consecuencia de la expulsión de la Orden y llevado a Buenos Aires lo que de ella se pudo salvar, la Universidad permaneció sin este instrumento de trabajo hasta 1823. La Imprenta de la Universidad fué el único establecimiento tipográfico que hubo en Córdoba hasta 1852.

(*) Manuel E. Río. La Universidad Nacional de Córdoba.

Por real cédula del 1.º de diciembre de 1800 fueron separados los franciscanos de la dirección de la Universidad, en la que habían sucedido a los jesuítas, y se la elevó al rango de Mayor con el título de Real Universidad de San Carlos y de Nuestra Señora de Monserrat. Por ley de 11 de septiembre de 1856 fué declarada nacional. Sus bienes pasaron a ser propiedad del Estado y el presupuesto de la nación debería encargarse en adelante de proveer al sostenimiento del instituto cordobés. He oído en Córdoba que las tierras que la Universidad poseía en la provincia han cobrado tan enorme valor que, desde un punto de vista financiero, ha salido perjudicada con el arreglo.

* * *

La casa central de la Universidad, de dos pisos, se halla en el medio de una manzana céntrica y en la misma línea de los demás edificios. Al frente, con atravesar la calle se encuentra la Facultad de Medicina. Pasan tranvías, autos; pero predomina vocinglería de estudiantes.

En una esquina, colindante con la casa universitaria, se alza la iglesia de la Compañía de Jesús, edificio severo de piedra coronado por una torre baja, de paredes lisas, de líneas y ángulos cortantes, sin adornos exteriores. En el interior se halla como la catedral, ricamente pintada con derroche de dorados. Más allá de la iglesia, en la misma manzana, se encuentra el monasterio de los jesuítas.

El otro extremo de la cuadra lo ocupa el Colegio de Monserrat, colegio nacional de segunda enseñanza que funciona bajo la tuición de la Universidad. Es un bello edificio de estilo español con un esbelto campanil en la esquina.

Cuánta diferencia entre las extremidades de la cuadra: la iglesia de los jesuitas, gris y fría, parece una cara adusta de ojos semicerrados y labios fruncidos como de inexorable juez; en comparación, el campanil de tonos rosados, tiene la gallardía sonriente del cuerpo desnudo de un gimnasta o de un gigante rubio.

Entremos a la Universidad. Un amplio patio cuadrangular se nos ofrece por delante con un jardín rodeado de rejas, en cuyo centro se levanta la estatua del fundador, el obispo Trejo y Sanabria, de bronce, de cuerpo entero, y en actitud reflexiva. Corredores claustrales, con la venerabilidad de tres siglos, rodean al patio. Grupos, tráfago y bullicio de muchachos y muchachas.

Por el lado derecho del primer piso del patio se llega al Salón de Grados sobria y elegantemente decorado de claro, con estrado, púlpito y rica sillería tapizada de felpa granate. Se siente en el salón un olor sano y agradable de maderas nobles. Resulta más bien pequeño para las proporciones que ha alcanzado la Universidad; pero es precioso testimonio y guardián de sus tradiciones seculares.

En el mismo edificio se halla la Biblioteca Central rica de más de 120,000 volúmenes, instalada en am-

plios departamentos y con salones de lectura muy bien alumbrados. Al lado hay una pieza convertida en templo erigido a la memoria del profesor Dalmacio Vélez Sarsfield, nativo de Córdoba, y autor del Código Civil Argentino. Se conserva ahí la biblioteca particular del ilustre jurisconsulto y hombre público, y un busto suyo preside el conjunto.

Paso a saludar al rector, que era el primer objeto de mi visita. Ocupa este cargo el ingeniero don Rodolfo Martínez, personalidad joven y simpática, inteligente y de trato muy fino. Charlamos un rato en forma que para mí fué muy grata. El señor Martínez se muestra perfectamente penetrado de los problemas universitarios y sociales de actualidad. Me presentó algunos decanos y profesores, y siguiendo la hospitalaria costumbre argentina, me ofreció una tacita de rico café.

La elección del rector había tenido lugar sólo a fines del año pasado. El rector dura cuatro años en sus funciones y puede ser reelegido, siempre que obtenga dos tercios de votos del total de miembros de la Asamblea Universitaria. Al asumir el cargo el señor Martínez pronunció palabras reveladoras de la amplitud y solidez de su espíritu. Por esta razón, por contener lineamientos relativos a la situación de la Universidad, y por corresponder todo ello a los propósitos de estas páginas, me permito reproducirlas con cierta extensión.

«Concibo el gobierno de esta Casa, dijo, como función por excelencia de austera y tolerante dignidad, que debe suprimir la propia exaltación, porque com-

prometería la acción moderadora de la prudencia—la virtud que Aristóteles señala como exclusiva y necesaria al que gobierna—y que no puede prescindir tampoco de la firmeza, sin cuya condición desaparece la jerarquía indispensable y se pierde el respeto necesario.

.....

«Aprovechando las condiciones excepcionales de Córdoba y la vocación especial de sus maestros, se creó el Instituto de Tisiología; entendiéndose servir la tradición civilista de la Universidad y rendir al propio tiempo homenaje al jurista eximio que le diera fama, se fundó el Instituto de Derecho Civil y buscando el perfeccionamiento de la cultura superior, con miras a que tuviera su expresión más elevada y completa, se creó con singular acierto, el Instituto de Humanidades, que procura asegurar el cumplimiento para la Universidad, de su natural vocación humanista; acabamiento o plenitud docente que la hará aumentar la alta dignidad que le incumbe por su abolengo espiritual y servir a la sociedad con luces de auténtica verdad, en las horas en que con más angustia las reclame.

«Se completará el cuadro de estos organismos de investigación el día que la Universidad proceda a crear un Instituto de Ingeniería Experimental en el que, agrupadas distintas disciplinas, sea factible señalar los beneficios de posibles riquezas naturales del país, ya como materiales para sus industrias, como fuerzas para

su expansión económica, o como elementos de construcción para sus caminos, sus edificios o sus obras hidráulicas.

.....

«Nuestra Facultad de Ingeniería tiene a consideración una moderna modificación al plan de estudios de sus Ingenieros mecánicos, electricistas y aeronáuticos, y no dudo de que su sanción ha de permitir mejorar notablemente la eficiencia de sus egresados, como elementos coadyuvantes de la industria nacional.

«El Doctorado en Ciencias que prestigia a nuestra Casa de Estudios en forma tan destacada que instituciones oficiales del Estado becan alumnos para que sigan sus cursos regulares, no escapa tampoco a las necesidades premiosas que señalo.

«Ha de ser de utilidad para la solución del problema de la Carta Geográfica del País, la aplicación del plan de estudios sancionado por nuestra Facultad para la carrera de Ingenieros Geógrafos que vendrían a llenar una verdadera necesidad formando técnicos de acabada competencia para esa especialización.

«Sin duda que completaría el desarrollo cultural de las actividades que se ejercen en esta Casa, una Escuela Superior de Bellas Artes.

.....

«La Facultad de Derecho, que tanto brillo ha dado siempre a la histórica Casa, la primera y mayor de

sus hermanas, sobre quien se fundamenta en forma especial la tradición gloriosa, ha mantenido en el presente su prestigio con sus Congresos de Derecho Civil y Procesal, a los que han asistido profesores de las distintas Facultades del país, que han podido aquilatar el singular valer de sus maestros a tal punto, que puede afirmarse sin vanidad que las disciplinas jurídicas que hicieron la fama del codificador eminente, no se enseñan mejor en escuela alguna de la República, que en la propia tierra y en la propia casa de Vélez Sársfield.

.....

«Pero las universidades son algo más que escuelas de preparación de técnicos y profesionales, y aun que centros de investigación superior. En ellas se termina el ciclo de formación espiritual del núcleo de hombres más selectos que se incorporan a la vida social de la República.

«Ellos serán elementos directivos en la vida del país, ya sea que ejerzan funciones específicas de gobierno o por la gravitación necesaria que impone sobre la masa común, la alta jerarquía que confiere la versación científica y la superioridad indudable de una mayor cultura.

«Es por ello que ésta me parece tribuna adecuada para recordar que los principios morales deben tener prevalencia sobre el interés material que agita y rodea a la vida moderna, señalar la necesidad del imperio

de la justicia en medio de la ansiedad en que el mundo se desenvuelve por las dificultades de la economía; rendir el más grande homenaje a la libertad condicionada, a los deberes que ella misma impone, tan irrenunciabile como los derechos que consagra; no olvidar que la personalidad humana, aunque pueda y deba soportar sacrificios en homenaje e interés de sus propios hermanos, no es sólo una pieza de engranaje en la enorme máquina, sino que tiene el singular valimiento y jerarquía que le dan sus destinos y la dignidad de su espíritu.

.....

«Creo que en las universidades es donde debe sedimentarse y fortificarse el espíritu mismo de la Nación.

«Somos un país de ayer, iluminado por la gloria que circundara la frente de nuestros capitanes en la hora dolorosa del advenimiento. País de la prosperidad y del optimismo, no nos ha azotado el dolor ni tenemos por experiencia la escuela dura del sufrimiento. En la dificultad que ofrece el camino al esfuerzo personal, siempre está próximo el ejemplo de alguien que nos precediera y que nos enseña, con sus resultados, el sendero del éxito.

«No tenemos aún un siglo de práctica de nuestras instituciones. Tenemos aguzado el espíritu de crítica que es tan necesario, pero cuya aplicación permanente se torna peligrosa. Abierto a todas las corrientes del pensamiento, las ideas se siembran en las almas, como

las semillas en la llanura inmensa. El libre examen de nuestra historia trata a veces de modificar juicios sobre hombres que en la conciencia popular son definitivos y con frecuencia se agrandan las sombras, en vez de hacer resaltar más brillantemente el patriótico empeño con que marcaron en su hora el destino de la República.

«El cuidado de esa fe en las instituciones que estructuraron nuestra existencia política, del acervo histórico que es nuestro patrimonio espiritual como Nación, del culto por quienes fueron los creadores de esta entidad argentina que nos enorgullece y nos distingue, tiene que ser confiado a las clases directivas del país, entre las cuales no puede prescindirse de aquélla que tiene el ascendiente de la intelectualidad, ya que no pueden ser otros hijos los que pretendan señalar el camino, que los que tengan, por su contacto con la ciencia, la autoridad de su pensamiento y el prestigio de tu propia luz.

«El mundo se debate en una crisis dramática; toda la preocupación del talento parece encaminada a encontrar los medios de la más rápida destrucción: la lucha es de las grandes naciones y los pueblos se yerguen radiantes de heroísmo y de sangre. Nada respeta el poder destructor que se precipita al corazón de las ciudades, ni las mujeres que son madres, ni los niños que son esperanzas. Saltan los principios de respeto a los indefensos, como se quiebran los arcos de los puentes, como se hundeu las cúpulas de los templos y se

pulverizan los mármoles del arte. Mientras Europa se presenta desgarrada como expresión de todos los dolores, el espíritu se pregunta con ansiedad, si asistimos al nacer de una civilización nueva o si sólo nos estará reservada la amargura de presenciar la muerte de la nuestra.

«Y el cruento debate llega a las naciones ajenas al conflicto y la pasión agita la opinión de los pueblos y aun se corre el riesgo de que la unidad espiritual del país pueda perderse, porque se toma con frecuencia posición irreductible en el campo de las ideas que nos llegan traídas por los vientos de la tragedia inmensa.

«Creo que esa unidad espiritual es la que se necesita salvar a toda costa. Sé que las universidades no pueden tomar posturas de combate frente a las ideologías que se discuten; pero creo que deben fomentar un concepto de segura y firme argentinidad; al cual están ligados, sin duda, los fundamentos de nuestra organización, que se afirman con los hechos que constituyen la esencia democrática de nuestro desarrollo histórico.

Admitamos con fe que los principios de justicia y libertad que señala el sentido de la civilización actual, no han de perecer en el rudo batallar, y que, sobre ellos, la nueva vida ha de organizarse una vez que la paz nos señale el camino de la reconstrucción espiritual y material del mundo».

* * *

Invitados por el Rector hemos almorzado en el Club de Golf mi señora y yo. Como queda dicho, lugar elegante y confortable. Día de espléndido sol y de panoramas de prados y colinas verdes. Estaban además la señora del Rector, dama muy distinguida y atrayente, el vice-Rector y los Decanos con sus señoras. Pasamos un par de horas inolvidables.

* * *

Los Estatutos de la Universidad dicen que ésta se compone de la Asamblea Universitaria, del Consejo Superior, del Rector y de las Facultades que lo son de Derecho y Ciencias Sociales, de Ciencias Médicas y de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Con lo que quedan indicados los organismos directivos de la institución.

La Asamblea Universitaria la integran los miembros de los Consejos Directivos de las Facultades y tiene por principal atribución elegir al Rector y resolver acerca de su renuncia.

Para este fin ni para ningún otro no actúa en Córdoba el claustro pleno de profesores.

El Consejo Superior se compone del Rector, de los Decanos de las Facultades y de los delegados de cada una de éstas: en total diez miembros. En reali-

dad a este cuerpo, como su nombre lo indica, corresponde toda la dirección superior de la Universidad.

Las Facultades tienen una activa intervención en la vida universitaria. El gobierno de cada una de ellas está a cargo de un Consejo Directivo y de un Decano elegido por un período de cuatro años. Se nombra también un vice-decano cuyas funciones duran un año.

El Consejo Directivo se compone de catorce miembros fuera del Decano. De éstos, ocho deben ser elegidos por los profesores titulares, tres por los suplentes y tres por los estudiantes regulares, que hayan sido aprobados por lo menos en un año de estudios.

La anterior es la única disposición que he encontrado relativa, no, como se ve, a ingerencia de los estudiantes en la dirección de la Universidad, sino a su participación en actos electivos de uno de sus órganos dirigentes.

Esta circunstancia debe haber dado lugar a ardientes ataques de parte de los elementos estudiantiles más avanzados en el tiempo en que se discutieron y aprobaron los Estatutos. Así se explican algunos de los considerandos del decreto del Gobierno Federal que les dió su aprobación. Se dice en ellos:

«Que consagrados los principios de la colaboración estudiantil, de la asistencia libre a las clases teóricas; la libre docencia; la extensión universitaria; la renovación y movilidad de los cargos directivos; el carácter experimental de la enseñanza como lo están en el proyecto en examen, no puede pretenderse que la for-

ma en que algunos de sus principios hayan sido reglamentados conforme al juicio ilustrado de los miembros del Consejo Superior, deban motivar la desaprobación del estatuto porque, en cambio, no se conformen a las aspiraciones y opiniones de un núcleo de estudiantes, por numeroso que lo sea, porque ello importaría invertir las jerarquías en el Gobierno Universitario o consagrar como voluntad decisoria la de los jóvenes estudiantes y anular la de los maestros que si lo son es porque más sabiduría, experiencia y responsabilidad tienen.

«Que los Estatutos sancionados por el Consejo Superior de Córdoba están en armonía con los que el Poder Ejecutivo de la Nación adoptó para dicha Universidad en 1923, como consecuencia de la intervención y reorganización de dicho Instituto a raíz de desórdenes y perturbaciones cometidas al amparo de otro Estatuto que resultó ineficaz ni para asegurar el trabajo, independencia y dignidad del profesor ni el aprovechamiento de los estudiantes ni las aspiraciones de libre docencia, extensión universitaria y carácter experimental de la enseñanza, como quedó documentado».

El último considerando alude al caos que sobrevino después de las agitaciones estudiantiles de 1918, iniciadas en Córdoba con claras concepciones de una justa reforma universitaria. Encendido primeramente en el propósito de sacudir un régimen en gran parte estagnado y caduco el movimiento luego se sobrepasó y

trajo a las universidades argentinas fermentos de anarquía y desórdenes de que tuvieron que dolerse por muchos años los elementos directivos y docentes.

Episodio de estas perturbaciones fué la intervención y reorganización del Instituto de Córdoba en 1923 a que en las líneas anteriores se hace referencia, intervención que llevó a cabo con todo éxito el doctor Antonio Sagarna.

* * *

Notables preparaciones se realizan en el Instituto de Anatomía cuyo Director es el profesor Humberto Fracassi, verdadero artista en su ramo. El doctor Fracassi me ha dicho que su iniciación en la ciencia y en la técnica de la anatomía se la debe a un ilustre profesor español, Pedro Ara, contratado hace algunos años por la Universidad. Las fotografías que se sacan en el Instituto son admirables, pero esto puede parecer con razón un arte secundario y menos específico al lado de lo demás que se hace. Ví una preparación del sistema arterial de la mano que es una maravilla de prolijidad. Los finos vasitos, perfectamente conservados, erectos, se presentan, dentro de la forma de nuestra extremidad superior y con los dedos en suficiente separación como una filigrana de coral.

Se practica en el Instituto un procedimiento para conservar el cuerpo humano tal como quedara al tiempo de la muerte por medio del uso de preparados en que desempeña el principal papel la parafina. O sea,

paralizan la descomposición de la carne y la mantienen en un ser en forma definitiva. Pude ver cabezas admirablemente conservadas: la de un niño, la de un anciano con su color natural y todos sus cabellos y su barba. Los cuerpos y miembros así amortajados se sustraen a la putrefacción y resisten la acción del agua, del aire, del calor y de cualquier agente transformador o disolvente. Sólo el fuego tiene poder para concluir con ellos. Qué de innovaciones en las costumbres familiares puede introducir esta técnica. Una cabeza obtenida en la forma antedicha es más que un retrato del difunto, salvo la expresión de los ojos, más que un busto. ¿No se extenderá el anhelo de conservar en el hogar las de los seres queridos? ¿No será un consuelo sustraer el cuerpo de la mujer amada a los estragos del tiempo y ofrecer al corazón que la añora una forma de supervivencia? Es verdad que faltará la luz de los ojos; pero queda la ilusión de considerarla dormida, y ahí estará para siempre al lado del amante, con el color de la carne, sus labios tal vez sonrientes, las ondas de sus cabellos frescos, su cuerpo intacto por el milagro de su edad inmovilizada en la duración. Será una nueva forma idealizada del antiguo culto de los muertos, una restauración llevada a lo perfecto de las momias egipcias.

* * *

El Director del Instituto de Fisiología es el profesor Oscar Orías, joven maestro lleno de méritos,

formado en la escuela del eminente fisiólogo doctor Bernardo Houssay de la Universidad de Buenos Aires. El doctor Orías es autor, entre otros trabajos, de un estudio sobre los Ruidos del Corazón en estado normal y patológico, que ha merecido los honores de ser traducido al inglés y publicado por las prensas de la Universidad de Oxford.

En compañía del doctor Orías recorrimos en auto una tarde la primera parte de las sierras que se extienden al oeste de Córdoba. Como todos los días que tuvimos la suerte de pasar en esta bella ciudad, fué una tarde de tiempo delicioso. Subimos colinas suavemente redondeadas y cerros no muy altos, bajamos a hondonadas, flanqueamos barrancos y se iban ofreciendo a nuestra vista casas de recreo rodeadas de campos bien cultivados, pueblecitos pequeños, aldeas pintorescas, lugares que invitan a una residencia apacible en toda estación y particularmente concurridos en el verano.

* * *

El viaje de Córdoba a Buenos Aires se hace cómodamente en un tren nocturno directo que parte poco después de las veinte horas y llega a su destino más o menos a las nueve de la mañana siguiente. Se come bien en el tren; pero los departamentos de los coches dormitorios son menos confortables, menos bien presentados que los de los trenes chilenos. Especialmente los servicios higiénicos dejan algo que desear.

En todas las estaciones argentinas he notado una facilidad de que gozan los mozos de cordel o changadores como allá se les llama. Disponen de pequeñas carretillas de mano para transportar el equipaje pesado o abundante. En nuestro país se les suele ver por los andenes encorvados soportando con la pura resistencia de sus espaldas y de sus brazos el peso de abrumadoras maletas. Este cuadro no se observa en la Argentina. Para algo los hicsos inventaron las ruedas miles de años antes de Jesucristo y éste hace veinte siglos predicó el amor al prójimo.

* * *

Las grandes ciudades son para el escritor indescripibles en su totalidad. Esta empresa sólo pueden acometerla los Baedeker y demás guías de turistas. El escritor toma únicamente trozos del vasto panorama que no se agota nunca. No agotaron los cuadros de París ni Víctor Hugo, ni Balzac, ni Zola, ni Anatole France, ni Proust. No pensaron tampoco en hacerlo en Londres ni Dickens, ni Thackeray, ni Golsworthy ni Wells. Y lejos de ello han estado asimismo en Madrid Pérez Galdos, Palacios Valdés, la Pardo Bazán o Pío Baroja.

La última novela que he leído sobre la vida de Buenos Aires, si bien parte de su trama se desarrolla en Europa, es la de Eduardo Mallea, intitulada «La Bahía de Silencio». Está escrita en forma autobiográfica.

fica y narra episodios de la existencia de un escritor. Merecería llevar como epígrafe inicial la declaración de que es el libro de un argentino escrito para argentinos sobre inquietudes argentinas, sin perjuicio de que estas inquietudes abracen frecuentemente temas de interés universal. Y a fe que corresponde bien a tal gallardete la nave que cruza airoso el océano de tantos problemas, para al fin, fatigada, ir a anclar en una «bahía de silencio».

La preocupación por la grandeza argentina y por la necesidad de extirpar los males y vicios que, según el autor la obstaculizan, palpita en la mayoría de sus páginas. Revela la obra una labor seria y honrada y se halla escrita con un sostenido decoro literario, lo que no obsta a que su estilo sea vivaz, ágil, flúido y también incisivo cuando el caso lo requiere. Hay innumerables escenas muy bien diseñadas y diálogos sostenidos con naturalidad y espontaneidad admirables. A pesar de sus muchos méritos la novela deja no obstante la impresión de ser muy artificialmente literaria y el interés se diluye entre tanto personaje que no alcanza a quedar bien diseñado y entre las muchas disertaciones y descripciones, que abundan en el libro. Extraordinaria como creación romántica es esa figura de mujer llena de seducciones que atraviesa la obra de tiempo en tiempo desde el principio hasta el fin. Es una sombra amada con ejemplar constancia por el autor a la cual no hace jamás objeto de una declaración fuera de las consignadas en las páginas del libro que van

a quedar para ella perfectamente inéditas. Puede presentarse ese raro sentimiento como paradigma de devoción heroica y mística. El carácter de Gloria Bambil es uno de los mejor perfilados, sin que deje de ser extraño, lindante en lo patológico, en psicosis depresiva, el misterioso caso de esa niña, herida de tan incurable desgracia que se muestra refractaria a todo consuelo, hasta del supremo en esta tierra, el del amor de un hombre joven, apuesto y bien intencionado. Sea como quiera, característica de la obra es mantenerse en ella un tono constante de alta inquietud espiritual. Pero el autor concluye por sentirse desengañado y encuentra que lo más sabio es desistir de sus tentativas de mejoramiento y retirarse a una «bahía de silencio». Por una parte no se le puede negar al autor su bien ganado derecho de acogerse a tal refugio después de haber hablado durante 587 páginas muy nutridas. Por otra parte, el lector que tal vez no conoce a fondo la Argentina, digamos un turista, se siente inclinado a no participar de su desencanto. Este observador, encuentra que la Argentina, a pesar de la crisis mundial, da muestras de prosperidad y nota en los argentinos, como rasgos esenciales, un amable y sano optimismo, nada de apocamiento sino abierta expansividad y confianza en sí mismo. Llega ésta a veces a manifestarse en suficiencia: es como la savia jugosa de la tierra opulenta que trasciende a las almas de sus pobladores.

Es verdad que el señor Mallea no desconoce la prosperidad de su país. Pero él quiere superarla. Se

duele, como toda alma bien templada, de la falta de una perfecta integridad espiritual y aspira a verla realizada en sus compatriotas; mas éste no es un problema sólo argentino, sino humano.

* * *

En Buenos Aires y La Plata

Llegamos a Buenos Aires una mañana de un domingo de fines de abril. Mañana gris. Casi catorce años habrían transcurrido desde la última vez que estuviéramos en la gran metrópoli rioplatense. Pronto vimos una de sus más bellas novedades, la diagonal Roque Saenz Peña. Nos fuimos a alojar en un hotel ubicado ahí. Edificios de nueve y diez pisos bordean la amplia calzada. Nada de rascacielos disonantes. Todo ha sido construído dentro de una línea armoniosa, como se observa en las avenidas parisienses. Al fondo se alza el gigantesco obelisco que, no por no ser original deja de ser hermoso.

Estábamos cerca de la Plaza de Mayo y nos dirigimos a la Catedral situada en una de sus esquinas, en la más próxima a nuestro hotel. La fachada de estilo griego no ha sido un acierto arquitectónico. La columnata es de poca altura para el ancho que ocupa. Las naves son de severa elegancia. La central se halla llena de fieles que asistían al oficio de la misa. Por las laterales pudimos circular libremente y admirar los cuadros que las adornan.

La llovizna aburridora nos llevó en la tarde a un teatro de revistas y en la noche a otro. No encontramos números sobresalientes. Algunas vedettes graciosas y avispadas que cantaban canciones picantes y el atractivo de cuerpos femeninos, de formas esbeltas, semidesnudos, serpenteando en las cadencias del baile.

Pocos días después oímos en una conversación mundana que las boîtes de Buenos Aires estaban por entonces muy monótonas; no nos interesó ir a comprobar el aserto y nos quedamos tranquilamente sin conocerlas.

Pero una noche fuimos con un matrimonio amigo al *Tabaris*, cabaret situado en la calle de Corrientes, y afamado como de lo mejor en su género en la capital. Es cual pequeño teatro, mantenido en cierta penumbra y con sus luces proyectadas en los momentos de espectáculo intensamente sobre el escenario. Ocupamos un palco, desde donde podíamos mirar bien la platea y el espectáculo. Este no nos pareció muy interesante. Predominaban, naturalmente, los bailes, y las bailarinas no eran en su mayor parte ni elegantes ni hermosas. Había demasiada exuberancia de formas. En los intervalos el proscenio, movido por mecanismos internos, baja al nivel del piso y la concurrencia se lanza a bailar. Digamos sin aspavientos que la calidad de la concurrencia no es para que pasen a bailar ni señoras ni señoritas. Aun más, las señoras pueden entrar al local, si así lo quieren, como lo habíamos hecho nosotros, por curiosidad. Niñas jóvenes de nin-

guna manera, salvo El espacio de la platea lo ocupan mesas y sillas, y ahí circulan o están sentadas damas vestidas con cierta elegancia chillona, casi todas bien parecidas, sin que hubiera ninguna belleza sobresaliente; algunas un poco ajadas, buen número de jóvenes, y las había aún que parecían, desgraciadamente, de demasiada corta edad. Algunas estaban acompañadas y otras esperaban al desconocido que sería el galán de la noche. Pobres mujeres, copas de placer al placer negadas, de corazón dormido en la incomprensión, de alma acurrucada en un rincón de su cuerpo; escarnecidas por fariseos y santurrones; vendedoras de amores, señuelo del vicioso, consuelo del infeliz que no encuentra nada mejor; pobres mujeres, proscritas de la maternidad, derrochadoras de la vida y presas tempranas de la muerte, Magdalenas que no han hallado a Jesús.

Nos retiramos pronto, poco después de la medianoche. En la guardarropa nos pusieron nuestros abrigos y salimos a la calle. De repente mi amigo exclama, dirigiéndose a su señora que iba con la mía adelante: «Nena, ¿es éste mi sobretodo?» Se trataba de un sobretodo que había comprado ese mismo día y, al parecer, no estaba seguro de que el que llevaba fuera el comprado. Y le sobraba razón para ello. Le llegaba casi hasta los talones y las mangas le cubrían las manos por completo. Al tomarlo del brazo para hacerlo volver a reclamar observo que el mío no me llega a las rodillas y que las mangas apenas me pasan de los codos. Ambos éramos unos espantapájaros. El mucha-

cho del guardarropa nos los había puesto cambiados y, siendo ambos más o menos del mismo color y de análoga anchura de cuerpo, no lo habíamos advertido. Tuvimos que mudar de prendas en plena acera y nos reímos de buenas ganas. Fué el mejor número de la noche.

(Concluirá).